

Os anuncio un gran noticia: os ha nacido un Salvador

Vigilia de la Natividad del Señor
24 de diciembre de 1979

Isaías 62, 1-5

Tito 2, 11-14

Lucas 2, 1-14

Los felicito, queridos hermanos, no solo porque es Navidad, sino porque son valientes. Mientras mucha gente tiene miedo y cierra sus puertas y hasta muchos de nuestros templos se dejan vencer de la psicosis, la catedral abierta es imagen de una confianza y de una esperanza en el Redentor que nos nace. Ustedes están siendo en esta noche, en esta catedral, la vivencia de lo que debe ser la Navidad. En medio del mundo, y no obstante los peligros, las vicisitudes, la psicosis, los miedos, hay esperanza, hay alegría. Y no es simplemente un fingir como una valentía sin razón y sin sentido, sino que hay la profundidad de una realidad que anida en el corazón de la Iglesia y que debe de ser el motor poderoso de la vida de todo cristiano.

Tratando de reflexionar en este hecho maravilloso, tal como nos lo acaban de presentar las lecturas sagradas, yo creo que, en el Evangelio, hay tres ideas que deben ser nuestro mensaje de este año aquí, en El Salvador. En primer lugar, el ángel dice a los pastores: “Os anuncio una gran noticia: Os ha nacido un Salvador”. Este pensamiento quiere decir: hoy se introduce en la historia un principio de novedad, de renovación, de noticia

Lc 2, 10-11

Lc 2, 12 siempre eterna. En segundo lugar, dicen los ángeles a los pastores: “Esta será la señal: lo encontraréis envuelto en pañales sobre un pesebre”. Aquí encuentro yo la imagen de un Dios que se envuelve de la miseria humana y le da sentido divino al sufrimiento y al dolor. Y en tercer lugar, la multitud de ángeles que baja cantando: “Gloria a Dios en los cielos”. Es la invitación que Cristo viene a hacernos, de que el hombre tiene un destino junto a la gloria de Dios y que, por eso, su vida tiene que ser optimista y nunca debe flaquear.

Lc 2, 13-14

“Os anuncio una gran noticia:
os ha nacido un Salvador”

En primer lugar —digo—, el nacimiento de Cristo supone poner, por parte de Dios, un germe de novedad en la vida, en la historia. Desde que Cristo nace, la historia, que envejecía, se renueva. Se parece al momento en que un agricultor pone un renuevo, un injerto en un tronco que muere. Así lo anunciaron los profetas. Esta misma noche, hemos escuchado al profeta Isaías hablando cómo el desierto florece y la que “se llamaba ‘abandonada’ ya se llamará la ‘predilecta’”, y todo aquello que parecía morir y entristecer hoy es alegría.

ls 62, 4 Si buscáramos una explicación profunda a la alegría navideña, que muchos viven y la mayoría no comprende, aquí está la razón de nuestra alegría de Navidad: en el mundo se ha puesto una novedad. Siempre es nueva la Navidad, siempre es noticia. Todas las noches de Navidad, aunque ya hayan pasado veinte siglos, el ángel sigue sintiéndolo como la gran noticia: “Os anuncio una gran nueva”. El mundo se renueva por este germe que se ha injertado en la historia.

Ap 21, 5 Cómo quisiera, queridos hermanos cristianos, que asimiláramos esa noticia y la hiciéramos nosotros vivencia, testimonio, confianza, seguridad; y que a nuestro alrededor, en vez de inspirar pesimismo, tristeza, psicosis, miedo, inspiráramos, más bien, la confianza del ángel: “Anuncio una gran noticia”. Aunque vengan todas las catástrofes, hay renovación. Dios ha venido y el Espíritu de Dios “hace nuevas todas las cosas”.

Cuántos cambios ha habido en la historia desde que Cristo nació, y siempre este reino de Dios que Cristo trajo al mundo es inspiración de las nuevas edades. No hay tiempo esta noche para

hacer un recuento de los cambios profundos en la historia, que son, precisamente, inspirados por aquello más puro y santo que se conserva en la Iglesia de Jesucristo.

Hoy asistimos también, en El Salvador, a una hora de renovación. Mucho se ha comparado al dolor de parto. El país está pariendo una nueva edad y, por eso, hay dolor y angustia, hay sangre y sufrimiento. “Pero como en el parto —dice Cristo—, la mujer que le llega la hora sufre, pero cuando ha nacido el nuevo hombre, ya se olvidó de todos sus dolores”. Pasarán estos sufrimientos. La alegría que nos quedará será que, en esta hora de parto, fuimos cristianos, vivimos aferrados a la fe en Cristo, no nos dejó sucumbir el pesimismo.

Jn 16, 21

Cómo quisiera gritar yo sobre todos los campos de El Salvador esta noche la gran noticia de los ángeles: “No teman, ha nacido un Salvador”. Lo que ahora parece insoluble, callejón sin salida, Dios lo está marcando ya con una esperanza. Esta noche es para vivir el optimismo de que no sabemos por dónde, pero Dios sacará a flote nuestra patria y, en la nueva hora, estará siempre brillando la gran noticia de Cristo que “hace nuevas todas las cosas”; y que, cuando envejecen los períodos, las edades, siempre flota la gran noticia, la gran renovación del Espíritu de Cristo, que ya se injertó para siempre desde aquella noche que estamos conmemorando hoy.

Lc 2, 10a.11

Ap 21, 5

“Esta será la señal: lo encontraréis
envuelto en pañales sobre un pesebre”

En segundo lugar, decía que el Evangelio nos anuncia al Cristo envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Y cuando Juan Bautista le manda a preguntar al Redentor: “¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?”, Cristo le manda a contestar: “Di a Juan Bautista lo que estás viendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, resucitan los muertos —y lo más grande de todo—, se anuncia el Evangelio a los pobres, y dichoso el que no se escandaliza de mí”.

Lc 7, 20.22-23

Este es el mensaje de Jesús, envuelto en pañales, reclinado en un pesebre, pobre como el más pobre de los pobres. Creo que ni el más pobre ha nacido en una gruta, sobre zacate, porque no hubo para él ni siquiera un lecho donde su pobre madre lo diera a luz. Cristo, el más pobre, envuelto en pañales, es la ima-

gen de un Dios que se anonada. Lo que la teología llama la *kénosis*: el Dios que se vacía de toda su gloria para aparecer esclavo y dejarse luego crucificar y ser sepultado como un malhechor.

Este descenso de Dios tiene un gran significado. Esta noche no busquemos a Cristo entre las opulencias del mundo, entre las idolatrías de la riqueza, entre los afanes del poder, entre las intrigas de los grandes. Allí no está Dios. Busquemos a Dios con la señal de los ángeles: reclinado en un pesebre, envuelto en los pobres pañales que le pudo hacer una humilde campesina de Nazaret, unas mantillitas pobres y un poco de zacate como descanso del Dios que se ha hecho hombre, del Rey de los siglos que se hace accesible a los hombres como un pobrecito niño.

Es hora de mirar hoy al Niño Jesús no en las imágenes bonitas de nuestros pesebres, había que buscarlo entre los niños desnutridos que se han acostado esta noche sin tener qué comer, entre los pobrecitos vendedores de periódicos que dormirán arropados de diarios allá en los portales, entre el pobrecito lustrador que, tal vez, se ha ganado lo necesario para llevar un regalito a su mamá, o, quién sabe, si no logró vender los periódicos, recibir una tremenda reprimenda de su padrastro o de su madrastra. ¡Qué triste es la historia de nuestros niños! Todo eso lo asume Jesús en esta noche. O el joven campesino, obrero, el que no tiene trabajo, el que sufre la enfermedad. En esta noche, no todo es alegría: hay mucho sufrimiento, hay muchos hogares destrozados, hay mucho dolor, hay mucha pobreza.

Hermanos, todo eso no lo miremos con demagogia. El Dios de los pobres ha asumido todo eso y le está enseñando al dolor humano el valor redentor, el valor que tiene, para redimir al mundo, la pobreza, el sufrimiento, la cruz. No hay redención sin cruz. Pero esto no quiere decir un pasivismo de nuestros pobres, a los que hemos mal adoctrinado cuando les decimos: "Es voluntad de Dios que tú seas pobre, marginado y no tienes más esperanza". ¡Eso no! Dios no quiere esa injusticia social; pero, sí, una vez que existe como un tremendo pecado de los opresores —y la violencia más grande está en ellos, que privan de felicidad a tanto ser humano y que están matando de hambre a tanto desnutrido—, Dios reclama justicia; pero le está diciendo al pobre, como Cristo, el oprimido, cargando con su cruz: "Salvarás al mundo si le das a tu dolor no un conformismo que Dios no quiere, sino una inquietud de salvación, si mueres en tu

pobreza suspirando por tiempos mejores, haciendo de tu vida una oración y acuerpando todo aquello que trata de liberar al pueblo de esta situación.

El Papa lo recordaba en México cuando dice que la devoción a María no es una devoción de débiles¹; que María, que supo soportar la huida y el destierro, la marginación, la pobreza, la opresión; María, la hija de un pueblo dominado por el imperio romano, que ve morir en la cruz injustamente a su Hijo, prisionero y torturado; María levanta su grito de santa rebeldía para decir a Dios que “despedirá vacíos a los soberbios y orgullosos y, si es necesario, derribará del trono a los potentados; y, en cambio, dará su gracia a los humildes, a los que confían en la misericordia del Señor”.

Lc 1, 52-53

Este es el Cristo que nace, enseñándoles a los países pobres, a los mesones, a estas noches frías en las cortas de café o calientes junto a las algodoneras, que todo eso tiene un sentido, que no perdamos el sentido del sufrimiento. Queridos hermanos, si una cosa me da lástima en esta hora, en que El Salvador se redime, es pensar que muchos falsos redentores están echando a perder esa fuerza de redención que tiene nuestro pueblo: su sufrimiento; y lo convierten en demagogia, su marginación, su hambre; no para hacerlo desesperación ni resentimiento, sino para saber esperar la justicia de Dios², saber que esto tiene que cambiar; y, si es necesario, morir, como han muerto ya tantos, pero con la esperanza de una fe cristiana.

¡Cómo quisiera que esta Navidad hablara ese Niño, entre paja y los humildes pañales, del valor sublime de la pobreza! ¡Cómo quisiera que nosotros mismos, que estamos haciendo esta reflexión, les diéramos, a nuestros pequeños o grandes sufrimientos, un valor divino!; que, desde esta noche, intensificáramos nuestra intención de ofrecer a Dios lo que sufrimos; que se convierta, junto al sacrificio del altar, en hostia que redime y santifica nuestra vida, nuestro hogar, nuestra sociedad.

¹ Cfr. Homilía en el santuario de Nuestra Señora de Zapopán, Guadalajara (30 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 11 de febrero de 1979.

² Así se escucha claramente en la reproducción magnetofónica. La primera edición de la homilía, lo corrigió así: “No hay que hacerla desesperación ni resentimiento, sino que hay que esperar la justicia de Dios”. Mons. Óscar A. Romero, *su pensamiento*, Vol. VIII, Arzobispado de San Salvador, El Salvador, 1989, p. 85.

Si no hubiera tanta demagogia y hubiera más santidad en los pobres, pronto vendría a nuestra patria la salvación. ¡Si supiéramos recoger hoy el mensaje del Niño pobre, del Niño humilde, del que se anonadó para salvar al mundo! Cómo nos parecemos a Jesús en Belén esta noche, los salvadoreños, cuando tenemos una sociedad que se puede presentar como la pobreza acabada del Belén de María, de José y de Jesús.

“Gloria a Dios en los cielos”

Por eso, finalmente, un tercer pensamiento de Navidad es este: el canto de los ángeles, “Gloria a Dios en las alturas”, es el llamamiento a la meta eterna de nuestra vida. Démolas a las cosas de la tierra su valor relativo. No absoluticemos la riqueza ni la lucha ni el partido ni la organización. Nada tiene valor absoluto en esta tierra. Todo es relativo frente al único Absoluto, el que debe de robar la gloria de todos los hombres hacia Dios. Lejos de nosotros todo orgullo, toda soberbia, querer endiosar algo o a alguien en esta tierra, lejos de nosotros.

El Niño, en Belén, interpretado por los ángeles, nos dice que no hay más que un solo Dios y que no se puede servir a ese único Dios y a los ídolos de la tierra; que caminemos en la tierra siempre haciendo de nuestra vida, de nuestro esfuerzo, de nuestro trabajo, lo que Cristo hizo. Cuando ya se despedía Cristo de este mundo, el día de su ascensión, les dice a los apóstoles: “Vine del Padre y ahora regreso del mundo al Padre”. Este es el circuito que hay que recorrer: “Vengo de Dios y trabajaré en el mundo una vocación que Dios me ha dado al hacerme nacer en esta hora, en esta época, en este país, con esta vocación, en esta situación; cumplir ese recorrido para, luego, al llegar nuestra muerte, decir: ‘Ahora regreso al Padre’”.

Haber vivido siempre recordando nuestro origen de Dios y no perdiendo nunca de vista nuestro destino: la gloria del Altísimo. Haber vivido siempre animando nuestra vida como Cristo animó la suya: “Yo tengo un pan que es hacer la voluntad de mi Padre”, el que nos enseñó a orar en todas las circunstancias de la vida: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. No se hace otra cosa más que la voluntad de Dios, y dichoso el hombre que sabe sintonizar, en todos los momentos de su vida, con esa voluntad del Padre. Esos son los héroes, esos son los

Lc 2, 14a

Jn 16, 28

Jn 4, 34

Lc 11, 2

santos, esos son los inmortales, esos son los felices: los que saben recoger el mensaje de Navidad cantando al único Dios y ordenando su vida a la gloria del único Dios: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos”. Hasta allá se encumbra mi vida cuando le doy ese sentido a mis acciones, por más humildes que sean.

Lc 2, 14a

Queridos hermanos, perdonen, estos son los tres pensamientos que yo les quisiera recordar para que los viviéramos no solo en esta noche de Navidad, por encontrar el secreto de la alegría: el Niño que trajo novedad a la historia, a nuestra vida, a El Salvador, a todo lo que es vida y naturaleza; el Niño que se envolvió en pañales y nació en un pesebre para darle sentido a la pobreza, al dolor, al sufrimiento; y el Niño en cuya cuna recuerda a todos los hombres el destino de todos los hombres: la gloria de Dios en lo más alto del cielo. Que esta eucaristía nos haga encontrarnos con el Jesús que todos los días vive en nuestra misa recordándonos, precisamente, este gran mensaje de la Navidad. Así sea*.